

el cordial recuerdo y la antigua amistad de aquel que las traza pueda aliviar un instante vuestros gloriosos dolores.»

Bosquet profesaba á Lamoriciere un agradecimiento y una admiración profundos, y al punto contestó: «Mi general, mi muy querido general: Un amigo común os entregará esta carta, expresándoos, tal vez mejor de lo que en ella podría hacerlo, todo el calor de mi afecto y del agradecimiento que os debo, mi general, á vos, que me pusisteis el pie en el estribo y las riendas en la mano.

»Creeréis sin dificultad, y vuestro buen corazón lo comprenderá, que durante esta ruda campaña vuestro recuerdo no me abandonó nunca; en los momentos solemnes le invoqué siempre, y parecíame que la buena inspiración me llegaba de vos. Si el destino os tenía lejos de nosotros, vuestro pensamiento por lo menos estaba presente con todos sus recursos de abnegación y de firmeza. Hemos hecho la guerra como la habíamos aprendido bajo vuestras órdenes, y vuestros soldados, á quien hubierais reconocido, se inspiraban en el sentimiento del deber que les inculcasteis en Africa.

»Hemos batido á los rusos con los soldados y los métodos que creasteis, y en cuanto á mí, si la fortuna me ha favorecido en algunos encuentros, creedlo así, mi general, á vos, como mi maestro, es á quien he tributado los honores al fin de la jornada. ¡Que no pueda yo describiros estos combates, estrechándoos las manos! ¡Aplaudiríais á vuestros discípulos, á vuestros hijos!

»Las pocas líneas que me enviasteis á Crimea han sido para mi herida como un bálsamo, haciendo asomar á mis ojos dulces lágrimas. Era para mí la más completa recompensa.»

La actitud de los príncipes de Orleáns durante toda la guerra fué tan noble como generosa. Siguiendo las operaciones militares con el interés más ardiente, más apasionado y patriótico, experimentaban un pesar profundo por no poder compartir los peligros de sus antiguos compañeros de armas. El duque de Aumale, ese gran soldado, ese gran ciudadano, ese «admirable y simbólico representante de la antigua Francia,» como le ha llamado Francisco Coppée, á quien todos los partidos han respetado y cuya reciente muerte ha sido un duelo para la patria, dirigía desde Twickenham, en 2 de agosto de 1855, al capitán Bocher estas líneas verdaderamente dignas de su gran corazón: «Estoy muy triste, y mi antiguo fondo de alegría natural se agota ya: no puedo acostumbrarme á la idea de que mis compañeros se batan y mueren sin que yo me halle en medio de ellos. La guerra hecha sin nosotros es lo que más he temido siempre desde la revolución de febrero; sin embargo, casi me había familiarizado con todo lo demás; pero no puedo hacer lo mismo con esto.» ¡Ay!, ¿por qué tales hombres como el duque de Aumale, y los generales Changarnier, Bedeau y Lamoriciere, habían sido condenados á una inacción tan dolorosa para ellos? ¿Por qué la Crimea no había sido para todos los franceses un terreno de reconciliación general?

XLVI

EL FIN DE 1855

Nadie podía decir aún si la guerra iba á terminar. A últimos de octubre los contingentes reunidos de los aliados en Crimea se elevaban á cerca de doscientos mil hombres, y no se hablaba de disminuirlos; pero de una parte y otra estaban cansados de tantas hecatombes, y la situación se parecía algo á una tregua. En el pueblo de Konghil, cerca de Eupatoria, hubo el 29 de septiembre un combate de caballería muy brillante para el general de Allonville, y el 17 de octubre un cuerpo expedicionario franco-inglés, embarcado en Kamiesch y en Balaclava, se apoderó de la fortaleza rusa de Kimburn, en la extremidad del golfo del Dniéper; pero al fin del año no hubo ningún otro incidente militar. Las tropas tomaron sus cuarteles de invierno, disfrutando entonces de una calma relativa, sin saber si la guerra volvería á comenzar con nuevo furor en la primavera.

El desenlace dependía sobre todo del emperador Alejandro II. En noviembre, cuando los escombros de Sebastopol humeaban aún, este soberano marchó á Crimea para dar gracias á los bravos defensores de aquella plaza, y dirigió á su general en jefe, el príncipe Miguel Gortschakoff, un rescripto en que decía: «El excelente estado del ejército sometido á vuestro mando es una prueba de la solicitud y de los perseverantes esfuerzos con los cuales habéis podido conseguir este fin. Esto os honra tanto más cuanto que al mismo tiempo toda vuestra inteligencia y actividad se concentraban en el cuidado de combatir á un enemigo temible y valeroso, que no retrocedía ante ningún sacrificio.» Esta frase cortés del tsar para sus enemigos podía considerarse como un síntoma de conciliación.

Napoleón III, después de algunas vacilaciones, no tardó en comprender que Inglaterra vería con gusto la continuación de las hostilidades; pero que en Francia la opinión pública estaba unánime en desear la paz. Desde entonces, la orientación de la política francesa dejó de ser belicosa; y por la acogida especialmente afectuosa que se hizo al príncipe real de Bélgica, duque de Brabante (en la actualidad rey de los belgas bajo el nombre de Leopoldo II), y á la duquesa su esposa (María Enriqueta, archiduquesa de Austria), el emperador quiso demostrar que no pensaba en ninguna anexión. El duque y la duquesa de Brabante fueron sus huéspedes desde el 12 al 27 de octubre de 1855, y los colmó de

atenciones. El 26 se verificó en honor suyo, en Versalles, una revista de cuarenta escuadrones de caballería, y después de marchar el duque y su esposa, se leyó en el *Moniteur* del 29: «La acogida hecha por el emperador y la emperatriz al duque y la duquesa de Brabante, y los sentimientos de simpatía que se han cruzado entre SS. MM. y SS. AA. RR. durante su permanencia en Francia, han sido la fiel expresión de los sentimientos que animan á los demás países. Francia y Bélgica son hermanas por el origen, la lengua, las costumbres y los intereses; y hoy día las dos naciones lo comprenden como sus soberanos, pero nada podría contribuir tanto como esas cordiales relaciones entre las familias reinantes para estrechar la unión de los dos pueblos, facilitando su buena inteligencia.»

El 15 de noviembre de 1855 se verificaba en París, en el palacio de la Industria, una solemnidad grandiosa, de carácter esencialmente pacífico. Napoleón III presidía la distribución de recompensas de la Exposición universal, y cerca de cuarenta mil personas se hallaban reunidas en la nave; mientras que una numerosa orquesta, dirigida por Berlioz, ejecutaba piezas de Beethoven de Gluck, de Mozart, de Rossini y de Meyerbeer. Un anfiteatro colosal, que se apoyaba en tres lados del crucero, elevábase hasta las galerías y daba frente á un estrado dominado por el trono. En las innumerables gradas de aquel anfiteatro se desarrollaba, como se ha dicho, la carta geográfica del mundo animada y viviente. En las galerías, tapizadas de terciopelo encarnado y con colgaduras sostenidas con cordones de oro, veíase una multitud de damas con los más elegantes trajes. Un friso de paño carmesí, bordado de oro y sobrepuesto de escudos con las armas de todos los países que habían tomado parte en la Exposición, se extendía en toda la longitud de las galerías con banderas de todas las naciones. El trono estaba sobrepuesto de un dosel sembrado de abejas de oro.

El emperador y la emperatriz, seguidos de numeroso séquito, hicieron su pomposa entrada en medio de las músicas y de las aclamaciones. Napoleón III, que tenía la voz muy sonora, pronunció un discurso que todos los presentes oyeron, á pesar de la inmensidad de la sala, y el siguiente pasaje produjo mucho efecto: «A la vista de tantas maravillas expuestas á nuestros ojos, la primera impresión es un deseo de paz; esta es la única que podrá desarrollar más aún esos notables productos de la inteligencia humana; y todos vosotros debéis, por lo tanto, desear, como yo, que esta paz sea pronta y duradera.»

El emperador terminó así su discurso: «En la época de civilización en que estamos, la opinión pública es en definitiva la que alcanza siempre la última victoria. Decid, pues, todos vosotros á vuestros conciudadanos, al regresar á vuestra patria, que Francia no odia á ningún pueblo, que siente simpatía por todos aquellos que quieren, como ella, el triunfo del derecho y de la justicia; decidles que si desean la paz es preciso que hagan por lo menos votos en favor ó en contra de nosotros, pues en medio de un grave conflicto europeo, la indiferencia es mal cálculo, y el silencio un error.

»En cuanto á nosotros, pueblos aliados para el triunfo de una gran causa, forjemos armas sin disminuir la actividad de nuestras fábricas, sin paralizar nuestros oficios; seamos grandes por las artes de la paz como por las de la guerra; seamos fuertes por la concordia, y pongamos nuestra confianza en Dios para que nos permita triunfar de las dificultades del presente, así como de las eventualidades del porvenir.»

Terminado este discurso, resonaron nutridos aplausos, y después comenzó la distribución de premios. A medida que cada clase llegaba ante el emperador, un ujier, portador de una bandera que indicaba el número de aquélla, deteníase delante del trono, y el príncipe Napoleón presentaba las medallas y las cruces al soberano, que las daba con su propia mano á los expositores. Las obras maestras de pintura y escultura, así como los descubrimientos y maravillas de la industria que habían merecido las más altas recompensas, estaban agrupados en un conjunto que formaba el más soberbio de los trofeos pacíficos.

En resumen, la exposición universal había sobrepujado á todas las esperanzas por su buen éxito. En ella tomaron parte expositores de todos los puntos del globo, y el número de entradas se elevó á cinco millones ciento sesenta y dos mil quinientos treinta, cifra que parece modesta hoy, pero que en 1855 se consideraba enorme. El buen resultado de aquella exposición, coincidiendo con una de las guerras más sangrientas de que Europa haya conservado recuerdo, constituía una antítesis verdaderamente extraña.

Pocos días después de la solemne distribución de las recompensas, Napoleón III recibía una visita real, cuyo carácter era del todo pacífico, pero en la que algunos observadores perspicaces entrevieron el presagio, lejano aún, de una guerra futura. Antes de la llegada á las Tullerías del rey de Cerdeña Víctor Manuel, el *Moniteur* del 23 de noviembre publicó un artículo significativo: «El rey de Cerdeña obtendrá de la población de París la más entusiasta y cordial acogida. Este augusto monarca no es tan sólo descendiente de una de las más gloriosas familias reinantes de Europa y jefe de una nación cuyos destinos están relacionados desde tiempo inmemorial con los de la nación francesa, sino que por sus eminentes cualidades personales, su lealtad y su valor á toda prueba, así como por la prontitud con que ha enviado sus valerosas tropas á combatir junto á las nuestras en favor de la misma causa, el rey Víctor Manuel tiene títulos muy particulares á las simpatías de Francia.»

El rey desembarcó en Marsella el 22 de noviembre de 1855, á las nueve de la mañana. Las tropas habían formado en orden de batalla en el puerto, y el obispo de la ciudad acompañó hasta la prefectura al soberano, que, marchando á las once, fué cumplimentado en Avignón por el arzobispo, y llegó á Lyon á las seis de la tarde. El mariscal de Castellane le dijo: «Señor, el emperador, mi soberano, se considera dichoso al recibir á S. M. en sus Estados; y al ejército de Lyon le enorgullece ser visto por un monarca militar cuyo valor en los campos de batalla es ya proverbial. Los soldados piamonteses se han mostrado en

Crimea émulos de su rey, y los soldados franceses se regocijan de verlos combatir á su lado.» Víctor Manuel descansó algunas horas en el hotel de Europa, donde, al servirse la comida hizo sentar á su derecha, en la mesa, al cardenal Bonald, arzobispo de Lyon. A las cuatro de la madrugada salió para París, adonde llegó el 23 de noviembre á la una de la tarde. Le acompañaban el conde de Cavour, el caballero Marsino d'Azeglio y el caballero Nigra.

La estación estaba magníficamente adornada con banderas de las cuatro potencias aliadas, escudos y trofeos con las armas del rey. En el momento de entrar Víctor Manuel, vistiendo el uniforme de coronel de húsares, las salvas de artillería resonaron, mientras que la música de los guías tocaba la *Marcha de la Casa de Saboya* y el aire nacional piamontés. Al apearse del tren, Víctor Manuel fué recibido por el príncipe Napoleón y se dirigió en coche á las Tullerías, escoltado por un escuadrón de guías, otro de coraceros de la guardia imperial y los cien guardias. Después de pasar bajo la bóveda del arco de triunfo del Carrousel, llegó al palacio, donde el emperador, acompañado de los oficiales superiores de la corona y los de su cuarto militar, le esperaba al pie de la gran escalera. Napoleón III abrazó á su aliado con efusión, y después de presentarle á la emperatriz, que estaba con sus damas en lo alto de la escalera, le condujo á las habitaciones que le estaban reservadas en el pabellón de Marsán.

El 24 de noviembre Víctor Manuel fué á visitar al rey Jerónimo y á la princesa Matilde. Los ministros, los presidentes del Senado, del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado le fueron presentados por el duque de Cambaceres, gran maestro de ceremonias. Por la noche el emperador y el rey fueron al Gimnasio. El 25 oyeron misa juntos en la capilla de las Tullerías; el 26 cazaron en el bosque de San Germán, y por la noche fueron á la Opera á ver el baile *Jovita*. El 27 pasaron revista en el Campo de Marte á las tropas de la 1.^a división militar; el 28 asistieron á un gran baile en el Hotel de Ville: en el rigodón de honor, el emperador lo bailó con la duquesa de Hamilton; el rey con la princesa Matilde, y el príncipe Napoleón con la marquesa de Villamarina, esposa del ministro de Cerdeña. El 29 de noviembre el rey marchó á Londres, y al regresar á sus Estados pasó por Francia, donde volvió á ver al emperador en Compiègne en 6 de diciembre. El 7 hubo cacería en el bosque, y por la noche gran banquete en el palacio; el 8 Napoleón III y su huésped regresaron á París, y el 9 el rey marchó á Turín, después de haberse despedido del emperador de la manera más afectuosa. Tal vez los días que los dos soberanos acababan de pasar juntos presagiaban ya las jornadas de Magenta y de Solferino; pero en 1855 el amigo de la causa italiana tenía absoluta necesidad de Austria para arreglar los asuntos de Crimea, y se guardaba muy bien de dar á conocer entonces sus secretos pensamientos.

El 10 de diciembre hubo en los Inválidos una imponente ceremonia: los funerales del almirante Bruat, víctima del cólera en Crimea, como el mariscal de Saint-Arnaud y como lord Raglan. Menos de tres meses antes, el 15 de septiem-

bre, el valeroso marino había sido elevado á la dignidad de almirante de Francia, en recompensa de los eminentes servicios prestados como comandante en jefe de la escuadra francesa en el mar Negro. El contraalmirante Jurien de la Gravière pronunció sobre su tumba un elocuente discurso.

El sábado 29 de diciembre París estaba de fiesta para asistir á la entrada triunfal de una división de infantería de línea y de regimientos de la guardia imperial que regresaban de Crimea.

El aspecto de la capital es soberbio: toda la población saldrá al paso de las tropas victoriosas; las calles se han empavesado, y en todos los pisos de las casas se ven las banderas nacionales, mezcladas con las de Inglaterra, de Turquía y de Cerdeña. En toda la línea de los bulevares hay arcos triunfales, y otro, gigantesco, se eleva en la plaza de la Bastilla, á la entrada del bulevar Beaumarchais, está sobrepuesto de dos águilas colosales con las alas desplegadas y de una corona de laurel con esta inscripción en letras de oro: «A la gloria del ejército de Oriente: Sebastopol, Alma, Inkermann, Traktir, Malakoff, Silistria, Eupatoria.» En todo el trayecto, desde las Tullerías hasta la Bastilla, se extiende una doble línea, formada á la derecha por la guardia nacional, y á la izquierda por la infantería, la guardia de París y los zapadores-bomberos.

A las once y media de la mañana las tropas que han regresado de Crimea forman en orden de batalla en la plaza de la Bastilla.

A la misma hora el emperador, vistiendo el uniforme de general de división, sale á caballo de las Tullerías para ir á reunirse con ellas. He aquí de qué se compone su séquito: la música con un escuadrón de guías, un piquete de los cien guardias y los oficiales de órdenes del emperador; S. M. con todo su cuarto militar, el príncipe Napoleón y considerable número de generales; el escuadrón de los cien guardias, otro de coraceros de la guardia imperial y un piquete de la guardia montada de París.

He aquí ahora el itinerario del soberano; las calles de Rívoli, de Castiglione y de la Paz, los bulevares y la Bastilla. Llegado á esta plaza, donde se eleva la columna de Julio, Napoleón III pasa lentamente ante las filas, y después, siempre á caballo, se detiene en medio de las tropas formadas en semicírculo y las arenga así: «Soldados: Me presento ante vosotros, como en otro tiempo el Senado romano iba á las puertas de Roma al encuentro de sus legiones victoriosas. Vengo á deciros que habéis merecido bien de la patria; y mi emoción es profunda, pues con la dicha de volver á veros se mezcla mi doloroso sentimiento por aquellos que ya no existen y un sincero pesar por no haber podido conducir yo mismo al combate. Soldados de la guardia y soldados de línea, sed bienvenidos..... La patria, atenta á todo cuanto se hace en Oriente, os acoge con tanto más orgullo, cuanto que mide vuestros esfuerzos por la resistencia tenaz del enemigo.

»Os he llamado, aunque la guerra no haya concluído, porque justo es reemplazar á su vez á los regimientos que más sufrieron. Cada cual podrá ir así á to-

mar su parte de gloria, y el país que mantiene seiscientos mil soldados se interesa en que haya ahora en Francia un ejército numeroso y aguerrido, dispuesto á dirigirse adonde la necesidad lo exija.

»Conservad, pues, cuidadosamente las costumbres de la guerra; fortaleceos en la experiencia adquirida; estad dispuestos á contestar á mi llamamiento, si es necesario; pero en este día olvidad las pruebas de la vida del soldado, dad gracias á Dios por haberos conservado la vida, y marchad orgullosamente entre vuestros hermanos de armas y vuestros conciudadanos, cuyas aclamaciones os esperan.» Las tropas, que han oído, sin perder palabra, este discurso pronunciado con voz muy robusta y sonora, gritan tres veces «¡Viva el emperador!»

El soberano, acompañado de su séquito, vuelve después por la línea de los bulevares y la calle de la Paz, y luego, siempre á caballo, se sitúa con su estado mayor frente á la columna Vendome delante del edificio del ministerio de Justicia.

Yo me hallaba allí y me parece ver aún aquel magnífico día de invierno: la emperatriz, el rey Jerónimo, la princesa Matilde, la familia Murat, los grandes dignatarios, el embajador de Inglaterra, lord Cowley con su señora, el embajador de Turquía, el ministro de Cerdeña y la marquesa de Villamarina están en las ventanas del ministerio. ¡Qué animación en la multitud! ¡Qué expresión de alegría y de orgullo en los semblantes! ¡Qué franco y sincero entusiasmo!

Había al pie de la columna algunos de los restos del ejército del primer Imperio.

¡Qué imponente es ese encuentro entre los veteranos del primer Imperio y los soldados del segundo!

Las tropas apostadas en la plaza de la Bastilla se han puesto en marcha, y después de recorrer los bulevares y la calle de la Paz, en medio de las aclamaciones, bajo una lluvia de flores y de coronas, llegan á la plaza Vendome. ¿Quién es ese general, aclamado con frenesí, que marcha á la cabeza de la división de línea, la cual avanza en primer término? Es el antiguo general en jefe del ejército de Oriente, el héroe de Crimea, Canrobert. Había ido á la plaza de la Bastilla, en el séquito del emperador, de quien es ayudante de campo; mas el soberano le ha ordenado desfilarse á la cabeza de las tropas. El valeroso general tiene el privilegio de apasionar, de electrizar á la multitud, porque se sabe que es intrépido, humanitario y bueno para el soldado; y su abnegación, su modestia y su desinterés le han valido una popularidad bien merecida.

Los alumnos de la Escuela Politécnica y el batallón de la Escuela de Saint-Cyr, al mando del general Monet, herido en Oriente, han precedido á las tropas, situándose en la plaza Vendome á derecha é izquierda del emperador. El desfile comienza.

En primer lugar, con los generales Canrobert, Förey y Blanchard, van los tres regimientos de infantería de línea, el 20.º, el 50.º y el 97.º ¡Qué tiempo para aquellos soldados! ¡Qué gran efecto producen con su rostro bronceado, su paso



El general Canrobert

marcial, su equipo de campaña y sus capotes grises gastados por la victoria!

He aquí ahora á la guardia imperial con los generales Regnán de Saint-Jean d'Angely, Mellinet y Maneque, que desfila en el orden siguiente: el batallón de cazadores de infantería, el regimiento de zuavos, los dos regimientos de tiradores, la artillería y los ingenieros, los dos regimientos de granaderos y el de gendarmería.

Cada regimiento va precedido de su música y de una tropa de soldados sin armas, con gloriosas heridas, y estos soldados profieren gritos de «¡Viva el emperador!» con más energía aún que los válidos. En el rostro de Napoleón III se pinta una expresión de agradecimiento, y sus facciones, de ordinario impasibles, se iluminan. Hacía largo tiempo que la población parisiense no había asistido á una solemnidad tan hermosa y conmovedora.

XLVII

EL PRINCIPIO DE 1856

El 1.º de enero de 1856 nadie podía decir aún si el año sería belicoso ó pacífico. El día 15 hubo en París una gran solemnidad militar: la distribución por el duque de Cambridge de la llamada medalla de Crimea, que la reina acababa de instituir. Con este motivo, Napoleón III pasó en la plaza del Carrousel y en el patio de las Tullerías la revista de las tropas procedentes de Crimea, que formaban dos magníficas divisiones, una de la guardia, á las órdenes del general Mellinet, y la otra de línea, al mando del general Forey. El general Regnán de Saint-Jean d'Angely tenía el mando superior.

El emperador tenía á sus lados al duque de Cambridge y al príncipe Napoleón; en su estado mayor veíanse muchos generales ingleses y varios de los héroes franceses de Crimea: los generales Canrobert, Bosquet, Niel y Espinasse: la emperatriz se hallaba en el balcón de la sala de los Mariscales. Después de pasar por delante del frente de las tropas, el estado mayor se detuvo bajo aquel balcón; el duque de Cambridge se adelantó algunos pasos á los oficiales y soldados que debían recibir la medalla, y pronunció en francés la siguiente alocución: «S. M. la reina de Inglaterra se ha dignado encargarme que presente á los generales, oficiales y soldados del ejército francés, nuestros bravos y dignos compañeros, estas medallas, como emblemas del aprecio y amistad que existe entre las dos naciones y de la admiración que S. M. y el pueblo inglés han sentido al ver los gloriosos hechos de armas del ejército de Oriente. En las grandes batallas de Alma, de Inkermann y de Sebastopol fué donde se consagró la alianza por los dos ejércitos. ¡Quiera Dios que esta gran alianza continúe siempre en beneficio y gloria de ambas naciones! En cuanto á mí, queridos compañeros, el honor que se me ha conferido es tanto mayor cuanto que serví con vosotros y he visto con mis propios ojos vuestra bravura y la abnegación con que resististeis tantas fatigas y peligros. Doy sinceras gracias al emperador por su bondad al confiarme el honor de distribuir estas medallas en su presencia.»

El discurso del pariente de la reina Victoria fué acogido con los gritos unánimes de «¡Viva la reina! ¡Viva el duque de Cambridge!» El duque se apeó entonces, y rodeado de sus ayudantes de campo distribuyó por su propia mano á los generales, oficiales y heridos del ejército de Oriente la medalla de plata, que tiene en un lado la efigie de la reina de Inglaterra y en el otro la figura del dios